

Don Quijote y Sancho

LAS IMÁGENES DE GUSTAVO DORÉ

Edgardo Rivera Martínez

En efecto, mi abuelo materno, amante de los libros y de las ediciones de buen gusto, nos dejó, entre otros títulos, una en cuatro volúmenes de la inmortal novela con el sello de la Sociedad Internacional, publicada allá por 1915, con las ilustraciones completas de ese grabador, más algunas pocas de Ángel Lizcano y otros seis artistas. Mi hermano Miguel, quien ya me había hablado del caballero manchego, tuvo el gesto memorable para mí de mostrarme un día – estaba yo aún en primaria– uno de los cuatro tomos, diciéndome: “Mira, ¿por qué no hojeas este libro y contemplas sus hermosos grabados? Verás en ellos las hazañas de ese caballero del cual te he hablado...” Y eso es lo que hice, y, más aún, me animé a leer por partes, saltando aquí y allá, los relatos de las aventuras de Alonso Quijano y de su humanísimo escudero. ¿Cómo olvidar esa experiencia?

Gustavo Doré nació en Estrasburgo en 1832, y murió en París en 1883. No tuvo profesor alguno, ni se inscribió en una academia, y todo lo debió a su gran talento y a su atenta contemplación y estudio de los grandes maestros del Museo del Louvre. A los quince años colaboraba ya en una revista humorística. Más tarde, en 1854, la Guerra de Crimea le sirvió de magnífica ocasión para ilustrar con sus dibujos los artículos que consagró a la contienda un importante periódico parisino. Célebre ya, pudo dedicarse, pues, a los grandes nombres de la literatura de Occidente.

Comenzó colaborando en una edición del *Gargantúa y Pantagruel* de Rabelais, a la que pronto siguió la de los *Contes Drolatiques* de Balzac (1855), imágenes que tuvieron gran éxito. En 1856 viajó a España con Gautier, en un recorrido que dejó honda huella en su espíritu. Al año siguiente ilustró, en magnífica forma, *El judío errante*, novela de Eugenio Sue que alcanzó una inmensa difusión. 1861 es un año de numerosa y magnífica producción, pues el artista trabaja en el *Infierno* de Dante. Los grabados del *Quijote*, datan de 1863 y fueron objeto de una entusiasta recepción por parte del público. Alcanza una nueva cima en 1864 con sus numerosas ilustraciones para la *Biblia*, y entre 1865 y 1877 se dedica, de modo no menos admirable, a la serie de *El Paraíso perdido* de Milton, las *Fábulas*

Quien escribe estas líneas tuvo el placer y el privilegio de hojear y leer, en sus años de infancia y adolescencia, una edición de la novela de Cervantes ilustrada con los dibujos de Gustavo Doré, y desde entonces su visión de los personajes, episodios y espacios del Quijote se vio indeleblemente enriquecida por el vuelo, la fuerza y la extraordinaria fidelidad imaginativa que nos dejó el artista francés.



Grabado de Gustavo Doré. La aventura de Sierra Morena.

de La Fontaine y el *Orlando Furioso* de Ludovico Ariosto.

En los últimos años de su vida Doré consagró mucho más tiempo y energías a la pintura y a la escultura, pero los resultados fueron, en ambos casos, de discreta calidad, e inferiores, según los críticos, a su producción como ilustrador. Incluso sus óleos parecen más bien versiones a color de sus imágenes para el libro.

Hasta la edición del *Quijote* Doré trabajó con el grabado directo en madera, y apeló cada vez más a una elaborada técnica basada en la reproducción fotográfica de sus diseños a la acuarela, sobre la cual trabajaban luego, bajo su dirección, los grabadores. A partir de 1861 sus composiciones serán vertidas en grabados al zinc.

Tal es el marco en que se inscribe la producción de Gustavo Doré, no muy lejos, en ello, de otros maestros del buril, de la punta seca y del agua-fuerte de su época, como Meryon y Bresdin. Ello es más evidente, por cierto, en sus espléndidos dibujos para la *Divina Comedia*, en los que aflora una intensidad sin precedentes. Lo es, igualmente, en los que consagró a la *Biblia*, animados por un fuego fantástico. No en vano nos recuerdan, por momentos, la grandeza visionaria y sombría de ciertos grabados de Albrecht Dürero. Y romántica es, huelga decirlo, la serie dedicada al *Orlando Furioso*, de una maravillosa inventiva.

En las ilustraciones para el *Quijote*, grabadas por H. Pisan, tanto a página entera como en las viñetas, se reflejan las huellas del viaje que

Doré realizó por la península en compañía de Gautier. De qué modo tan admirable se recoge el alma austera y soleada de la meseta castellana, las fantasmagóricas gargantas de Sierra Morena y el sobrio paisaje de los llanos por los que cruza el caballero. Con qué sobriedad y vigor, y excelente caracterización, se narra la gesta sin término –a pesar de gigantes y vestiglos, y de aventuras y desventuras en ventas y encrucijadas– del Caballero de la Triste Figura y de su fiel acompañante. Llenas de vida son las escenas en la venta, en el palacio de los Duques, frente al mar en las costas de Barcelona. Inolvidables las efigies del hidalgo con la bacía del barbero o en su lecho de enfermo.

En mi biblioteca figuran, además de una edición facsimilar de las de 1608 y 1615, las modernas de Alianza Editorial y de la Real Academia Española, con sus invalores notas explicativas. También la rara y admirable edición ilustrada por nuestro compatriota Félix Oliva, que nos ofrece a un D. Quijote y Sancho instalados, con naturalidad, en el mundo de nuestros días. Pero ninguna de ellas puede competir, por las imágenes de Doré, con aquella de mis primeras lecturas de la obra cervantina.

En nuestra época la prevalencia de la televisión, como antes la del cine, y la de los *comics*, significa un abrumador predominio de la imagen. Apuntan en el mismo sentido, de otra manera, las pantallas de las computadoras. Lo cual redundo, como es lógico, en desmedro de la lectura, con las graves consecuencias educativas y culturales que ya se conocen, y con perjuicio también de otras formas de representación, como son los libros ilustrados. Sin embargo, y a pesar de todo ello, los grabados de Gustavo Doré captan siempre la atención de quienes los descubren y contemplan, más allá incluso o al margen de los textos a los que acompañan. Ello se debe, sin duda, no sólo a sus méritos intrínsecos, sino también al estupendo fuego –realista a la vez que fantástico– que arde bajo sus líneas. Ese fuego que arde de modo especial en sus ilustraciones para el *Quijote*, y que nos alumbra y acompaña en el seguimiento de las andanzas de Alonso Quijano. ■